



LLAMADA
DE MEDIANOCHÉ

INSTITUTO BÍBLICO ONLINE

INTRODUCCIÓN AL NUEVO TESTAMENTO

EXPONE

• Eduardo Cartea Millos •



Llamada de Medianoche Uruguay



+598 99 000 540



LlamadaWeb.org



Clase 5

V. El Nuevo Testamento

1. Significado de “testamento”
2. Contenido del Nuevo Testamento
3. Géneros literarios del Nuevo Testamento
4. Comparación de los cuatro Evangelios
5. Hechos de los Apóstoles
6. Los viajes misioneros de Pablo
7. Cartas apostólicas
8. Apocalipsis



V. El Nuevo Testamento

1. Significado de “testamento”

La palabra “testamento” puede referirse al “documento donde se expresa la última voluntad de una persona”, como es el caso de Hebreos 9:17, donde utiliza la palabra griega *diatheke*: “*Porque el testamento con la muerte se confirma; pues no es válido entre tanto que el testador vive*”. Esta es claramente una excepción, puesto que, en el caso del Nuevo Testamento, todos los demás versículos que mencionan la palabra “testamento” hacen referencia a un pacto, es decir, a un convenio entre dos personas, siendo esta otra acepción de la palabra *diatheke*. Este pacto es dado entre un ser superior y uno inferior, por lo tanto, entre Dios y el hombre. El primero establece las condiciones y el segundo se compromete a cumplirlas. Con este sentido debemos entender el Antiguo y Nuevo Testamento, como un pacto donde Dios provee la salvación del hombre durante estos períodos de la historia (Hebreos 8:6-10, 13).

La expresión *diatheke* se usa en lugar de *syntheke*: “acuerdo obligatorio o contrato entre un humano y Dios o entre humanos” (Lucas 22:20; 1 Corintios 11:25). Esta última locución sería más cercana al término hebreo *berith* (‘alianza’).

La voz utilizada en el libro de Hebreos para designar un documento unilateral que hace una persona para dar destino a sus bienes luego de su muerte, no era conocida en los tiempos del Antiguo Testamento, pues ellos se regían por el mandato de Números 27:7-10: “*Bien dicen las hijas de Zelofehad; les darás la posesión de una heredad entre los hermanos de su padre, y traspasarás la heredad de su padre a ellas. Y a los hijos de Israel hablarás, diciendo: Cuando alguno muriere sin hijos, traspasaréis su herencia a su hija. Si no tuviere hija, daréis su herencia a sus hermanos; y si no tuviere hermanos, daréis su herencia a los hermanos de su padre*”. Recién con el contacto con la cultura romana, en el Nuevo Testamento, comenzó a dársele también esta connotación.

Cuando se tradujo el texto hebreo al griego, en la LXX, los intérpretes optaron por traducir *berith* como *diatheke*. Más tarde, en la versión latina de las Escrituras, la cual es traducida desde el griego, *diatheke* fue traducido como *testamentum*, llegándose a popularizar este uso.

El término griego *diatheke* se utiliza 11 veces en el Nuevo Testamento. Algunas versiones lo traducen siempre como “pacto”, con la excepción del pasaje de Hebreos 9:17.



2. Contenido del Nuevo Testamento

El Nuevo Testamento es la segunda de las dos divisiones generales de la Biblia y cubre aproximadamente la cuarta parte de las Escrituras. La historia del Nuevo Testamento comienza en el siglo I, cuando Jesús de Nazaret, el Mesías de Israel, vino al mundo para dar comienzo a la era de la salvación. También nos cuenta cómo los seguidores de Jesús formaron una comunidad que fue creciendo con el tiempo, para servir en el reino de Dios anunciado e iniciado anteriormente por Jesús. Finalmente, el Nuevo Testamento pone su mirada en los eventos futuros, cuando Cristo vuelva para renovar todas las cosas y establecer la justicia y la paz divina a lo largo y ancho del planeta.

Contiene 27 libros diferentes, escritos en distintas ocasiones entre la mitad y el final del siglo I. Varían en extensión y estilo de escritura. La mayor parte del Nuevo Testamento son cartas de distinto tamaño. Además, contamos con dos libros que bien podrían considerarse dos volúmenes de una misma obra, como son Lucas y Hechos de los apóstoles, los que constituyen una cuarta parte del Nuevo Testamento. Por otra parte, otros libros continúan con algunas tradiciones literarias del Antiguo Testamento, como Santiago, que parece tener un acercamiento en su estilo con los libros sapienciales de Proverbios y Eclesiastés, y el Apocalipsis, que mantiene un claro paralelismo con el libro de Daniel.

El Nuevo Testamento contiene los cuatro Evangelios: Mateo, Marcos, Lucas y Juan. La palabra “evangelio” no hace referencia a un estilo literario, sino al contenido del libro, refiriéndose a las ‘buenas noticias’ que pretendía dar cada evangelista (por ejemplo, las buenas noticias contadas por Mateo). Su marco y fundamento es la propia vida de Jesús. Aunque comparten un tema, estos libros difieren en su carácter literario.

Los libros del Nuevo Testamento son:

Mateo, Marcos, Lucas, Juan, Hechos de los apóstoles, Romanos, 1 Corintios, 2 Corintios, Gálatas, Efesios, Filipenses, Colosenses, 1 Tesalonicenses, 2 Tesalonicenses, 1 Timoteo, 2 Timoteo, Tito, Filemón, Hebreos, Santiago, 1 Pedro, 2 Pedro, 1 Juan, 2 Juan, 3 Juan, Judas y Apocalipsis.

A continuación, presentaremos un cuadro de los libros del Nuevo Testamento según la fecha en que fueron escritos:



LIBRO	FECHA	LUGAR	ESCRITOR	DESTINATARIOS	TEMA
Santiago	45-50	Jerusalén	Santiago, hermano de Jesús	Los cristianos hebreos de la dispersión	La ética cristiana
Gálatas	48-49	Antioquía	Pablo, apóstol, misionero	Los cristianos en Listra, Derbe y Antioquía	La justificación por la fe
Marcos	50-59	Roma	Marcos, ayudante de Pedro y Pablo	Los romanos	Cristo el siervo
1 Tesalonicenses	51	Corinto	Pablo	Los cristianos en Tesalónica	La segunda venida de Cristo
2 Tesalonicenses	52	Corinto	Pablo	Los cristianos en Tesalónica	La segunda venida de Cristo
1 Corintios	55	Éfeso	Pablo	Los cristianos en Corinto	La aplicación del evangelio
2 Corintios	55	Macedonia	Pablo	Los cristianos en Corinto	El ministerio cristiano
Romanos	57	Corinto	Pablo	La iglesia en Roma	La justicia de Dios y del hombre
Mateo	60	Antioquía	Mateo, apóstol	Los judíos en Siria	Cristo, el Mesías
Lucas	60	Cesarea	Lucas, gentil, médico	Los gentiles en Colosas	Cristo, el Hombre perfecto
Colosenses	60-62	Roma	Pablo	Los cristianos	Cristo, la cabeza de la iglesia
Filemón	60-62	Roma	Pablo	Filemón y los colosenses	Perdón y reconciliación
Efesios	60-62	Roma	Pablo	Los cristianos de Éfeso	La iglesia de Cristo
Filipenses	60-62	Roma	Pablo	Los cristianos de Filipos	Acción de gracias y la unidad cristiana
Hechos	63	Roma	Lucas	Los gentiles	El nacimiento y crecimiento de la iglesia
1 Pedro	63	Roma	Pedro, apóstol	Las iglesias de Asia	La gracia de Dios en medio del sufrimiento
1 Timoteo	64-67	Macedonia	Pablo	Timoteo	Administración de la iglesia
Tito	64-67	Macedonia	Pablo	Tito	El desafío para el ministerio
Hebreos	64-69	Desconocido	Desconocido	Los cristianos hebreos de Roma y Jerusalén	La superioridad del cristianismo
2 Pedro	64	Roma	Pedro	Las iglesias de Asia	La verdad contra el error
2 Timoteo	67	Roma	Pablo	Timoteo	Las instrucciones para el ministerio
Judas	67-68	Desconocido	Judas, hermano de Jesús	Los cristianos de todas partes	La defensa de la fe
Juan	90	Éfeso	Juan, apóstol	Los cristianos cerca de Éfeso	La deidad de Cristo
1 Juan	90	Éfeso	Juan	Los cristianos cerca de Éfeso	El conocimiento de la vida eterna
2 Juan	90	Éfeso	Juan	Una iglesia cerca de Éfeso	El amor cristiano y la verdad
3 Juan	90	Éfeso	Juan	Gayo	La administración de la iglesia
Apocalipsis	95-96	Isla de Patmos	Juan	Los pastores de siete iglesias de Asia	El triunfo de Cristo



3. Géneros literarios del Nuevo Testamento

Género evangélico: Relata la vida de Jesucristo y sus enseñanzas. Los Evangelios fueron escritos en arameo y griego. La palabra evangelio proviene del latín *evangelium*. Esta, a su vez, procede del griego *evanghélion*, que está compuesta por dos vocablos: *ev* que significa ‘bien’ y *angelos* que significa ‘mensajero’, por lo tanto, su significado completo es ‘la buena nueva’ o ‘mensaje feliz’. Los Evangelios anuncian la buena noticia de la salvación. Parece ser Marcos quien introdujo esta palabra en Marcos 1:1. Lucas, sin embargo, aplica el término al tiempo apostólico (Hechos 15:7; 20:24).

Género narrativo: Se encuentra en los Hechos de los apóstoles, escrito por Lucas. En este se hace referencia a la vida de las primeras comunidades cristianas.

Género epistolar: Se trata de cartas escritas a una o varias personas o comunidades donde se expresa un saludo, un interés por los destinatarios, noticias, advertencias y consejos, entre otros, además de la despedida. Su función más específica es dirigir, aconsejar e instruir en sus primeros pasos a las nuevas iglesias.

Veintiuno de los veintisiete libros del Nuevo Testamento son del género epistolar. Las epístolas están escritas en griego, sin embargo, el estilo epistolar no estaba tan difundido en el mundo griego de la época. Parece ser que la costumbre proviene más bien de los romanos, quienes utilizaban el correo regularmente para conectar la capital con las demás provincias.

De acuerdo con ciertas características comunes, podemos agrupar del siguiente modo las epístolas del Nuevo Testamento:

1. Epístolas paulinas (13)

a. Primeras epístolas. Estas hacen referencia a la época en que fueron compuestas. Se consideran los escritos más antiguos de Pablo y de todo el Nuevo Testamento.

1 Tesalonicenses

2 Tesalonicenses (algunos consideran que es posterior)

b. Grandes epístolas. Estas hacen referencia a la extensión de la carta. Gálatas, aunque se trata de una carta breve, es incluida por su parentesco temático con Romanos, lo que requiere considerarlas juntamente.

Romanos

1 Corintios

2 Corintios

Gálatas



c. Epístolas de la prisión. Pablo escribió estas cartas estando cautivo en Éfeso y Roma.

Efesios

Filipenses

Colosenses

Filemón

d. Epístolas pastorales. Estas cartas tienen el propósito de dirigir en la elaboración de una estructura eclesial, en el orden administrativo y en las pautas para el trabajo pastoral de las iglesias.

1 Timoteo

2 Timoteo

Tito

2. Epístola a los Hebreos (1)

3. Epístolas universales (7). Este título comenzó a aplicarse en el siglo II, cuando todavía se formaba el canon del Nuevo Testamento. Dicha clasificación refiere a cartas que no están dirigidas a un destinatario determinado, sino que fueron escritas para los creyentes en general o para una comunidad grande de creyentes esparcidos en un territorio.

Santiago

1 Pedro

2 Pedro

1 Juan

2 Juan

3 Juan

Judas

Las estructuras de las cartas del Nuevo Testamento no son uniformes. Por ejemplo, Hebreos y Santiago se destacan por parecer tratados doctrinales o sermones de carácter epistolar.

La narración didáctica: Se refiere al uso de las parábolas expresadas en los evangelios. Como definió John MacArthur: “Una parábola es una ingeniosa imagen en palabras sencillas con una profunda lección espiritual”.

Las parábolas del Nuevo Testamento son las siguientes:

- La parábola de un paño nuevo sobre un vestido viejo (Mateo 9:16; Marcos 2:21; Lucas 5:36).
- La parábola del vino nuevo y los odres viejos (Marcos 2:22; Lucas 5:37-38).



- La parábola de la lámpara (Mateo 5:14-15; Marcos 4:21-22; Lucas 8:16, 11:33).
- La parábola de la casa sobre la roca (Mateo 7:24-27; Lucas 6:47-49).
- La parábola del deudor que no perdona (Lucas 7:41-43).
- La parábola del rico tonto construyendo sus graneros más grandes (Lucas 12:16–21).
- La parábola de los sirvientes que deben permanecer vigilantes (Marcos 13:35-37; Lucas 12:35-40).
- La parábola de los sirvientes sabios y tontos (Mateo 24:45-51; Lucas 12:42-48).
- La parábola de la higuera estéril (Lucas 13:6-9).
- La parábola del sembrador (Mateo 13:3-23; Marcos 4:1-20; Lucas 8:4-15).
- La parábola de la mala hierba (Mateo 13:24-43).
- La parábola de la semilla que crece (Marcos 4:26-29).
- La parábola de la semilla de mostaza (Mateo 13:31-32; Marcos 4:30-32; Lucas 13:18-19).
- La parábola de la levadura (Mateo 13:31-32).
- La parábola del tesoro escondido (13:44).
- La parábola de la perla más valiosa (13:45-46).
- La parábola de la red para pescar (13:47-50).
- La parábola del dueño de la casa (13:52).
- La parábola de la oveja perdida (Mateo 18:12-14).
- La parábola de la oveja, el pastor, y la puerta (Juan 10:1-18).
- La parábola del maestro y el sirviente (Lucas 17:7-10).
- La parábola del siervo despiadado (Mateo 18:23-34).
- La parábola del buen samaritano (Lucas 10:30-37).
- La parábola del amigo a medianoche (Lucas 11:5-8).
- La parábola de los convidados a las bodas (Lucas 14:7-14).
- La parábola del banquete de bodas (Lucas 14:16-24).
- La parábola del costo del discipulado (Lucas 14:28-33).
- La parábola de la oveja perdida, la moneda perdida y el hijo pródigo (Lucas 15:4-32).
- La parábola del administrador astuto (Lucas 16:1-8).
- La parábola del hombre rico y Lázaro (Lucas 16:19-31).
- La parábola de los trabajadores de la viña (Mateo 20:1-16).
- La parábola de la viuda y el juez injusto (Mateo 18:1-8).
- La parábola del fariseo y el recaudador de impuestos (Lucas 18:10-14).
- La parábola de las minas (Lucas 19:12-27).
- La parábola de los dos hijos (Mateo 21:28-32).
- La parábola de los malvados inquilinos (Mateo 21:33-44; Marcos 12:1-11; Lucas 20:9-18).



- La parábola de la invitación a la fiesta de bodas (Mateo 22:2-14).
- La parábola de la higuera (Mateo 24:32-35; Marcos 13:28-29; Lucas 21:29-31).
- La parábola de las diez vírgenes (Mateo 25:1-13).
- La parábola de los talentos (Mateo 25:14-30).
- La parábola de las ovejas y las cabras (Mateo 25:31-46).

Género apocalíptico: El término “apocalipsis” es la transcripción de la palabra griega *apokalypsis* ‘revelación’. La expresión “literatura apocalíptica” designa las composiciones literarias aparecidas en el Apocalipsis de Juan. Un apocalipsis es un tipo de literatura de revelación que transmite un mensaje de un ser celeste a una criatura humana, develando una realidad trascendente, pero de orden temporal, en lo concerniente a la revelación escatológica. Por lo tanto, este tipo de literatura implica el mundo sobrenatural o las circunstancias terrenas, pasadas y futuras, a la luz de este mundo.

En el Nuevo Testamento, además del Apocalipsis de Juan, tenemos el llamado “apocalipsis sinóptico” de Marcos 13. También en las cartas de Pablo podemos ver algunos textos relacionados a esta literatura: (1 Tesalonicenses 4:13, 5:11; 2 Tesalonicenses 2:1-12). Por último, el libro de Judas y algunos pasajes de la segunda carta de Pedro también contienen textos apocalípticos.

4. Comparación de los cuatro Evangelios

Los cuatro Evangelios: Mateo, Marcos, Lucas y Juan enfatizan un aspecto singular de la vida de Jesús. Sin embargo, al complementarlos, es posible hallar una unidad y armonía en el mensaje y un completo panorama de la vida de Cristo.

Aunque los Evangelios tienen valor por sí mismo y pueden ser estudiados de manera individual, buscar los pasajes paralelos correspondientes a cada uno de ellos, estudiándolos juntos, es indispensable para obtener un panorama integral de la vida de Jesús en todas sus facetas.

Aunque sabemos que Dios inspiró toda la Biblia (2 Timoteo 3:16), también escogió a hombres para que escribieran sus palabras, influenciados por su personalidad y experiencias (2 Pedro 1:21). Dicho de otra manera, Dios los inspiró para que escribieran lo que Él quería, usando su carácter y punto de vista único para comunicar esa verdad.

En este sentido, encontramos a cuatro testigos oculares de la vida terrenal de Jesús, pero cada uno de ellos escribió en base a su personalidad, punto de vista y destinatarios.

Mateo, también conocido como Leví, era un recaudador de impuestos o contador, por lo que nos brinda una perspectiva de la vida de Jesús desde ese punto de vista. No tiene por meta escribir un relato cronológico de Cristo, aunque de todas formas se evidencia un orden. Su historia trata más bien de los eventos que causaron una gran impresión en la vida de un recaudador de impuestos en Capernaúm. Este Evangelio ordena varias parábolas, por tratarse del mismo tema y, a diferencia de los otros, da cifras



exactas, por ejemplo, el pago exacto que se le entregó a Judas por traicionar a Jesús (Mateo 26:15). Por otra parte, Mateo se dirige a los judíos, a fin de demostrar que Jesucristo era el cumplimiento de las profecías del Antiguo Testamento concernientes al Mesías, es decir, el rey eterno de la descendencia de David. Por lo que podríamos llamarlo el “Evangelio del Mesías Rey”.

Marcos, conocido como Juan Marcos, escribe de la vida de Jesús seguramente basado en el testimonio del apóstol Pedro. Este Evangelio agrega pocos detalles al Evangelio de Mateo (es probable que Marcos lo haya leído con anticipación). Dada la influencia del testimonio de Pedro en el Evangelio de Marcos, podemos notar muchas historias relacionadas con la pesca, además de que casi todos los eventos ocurren alrededor del mar de Galilea.

Marcos estuvo con Pablo en Roma, siendo uno de los últimos en verlo con vida. Seguramente fue desde allí que escribió este Evangelio, por lo que los destinatarios eran mayormente romanos. Esto lo llevó a escribir de manera activa y ágil, presentando a Cristo como un hombre de acción. Por otro lado, tuvo que interpretar las expresiones arameas y no incluir la genealogía de Cristo, el Sermón del Monte ni la condena a las sectas judías, asuntos de poco interés para sus destinatarios gentiles.

Este Evangelio hace hincapié en los hechos de Jesús, más que en sus palabras. Marcos presenta a Cristo como un Siervo que depende del Padre, por lo que podríamos llamar este Evangelio el “Evangelio del Siervo de Dios”.

Lucas escribe en griego y desde el punto de vista de un médico gentil del primer siglo. Tal vez se trate del médico sirio que cita Pablo y que lo acompañó a su viaje a Roma.

El Evangelio de Lucas se enfoca, más que los otros Evangelios, en establecer una cronología.

Como no era judío, dejó de lado los temas vinculados a la ley mosaica, resaltando otros aspectos, como el papel de la mujer y el problema de amar las riquezas.

Lucas presentó a Jesús como el Hijo del Hombre, enfatizando su humanidad, por lo que este Evangelio podría ser llamado el “Evangelio del Hijo del Hombre”.

Por último, Juan, el hermano de Jacobo e hijo de Zebedeo, el discípulo amado, escribe el Evangelio 60 años después de la muerte y resurrección de Jesús. Parte de las intenciones de Juan al escribir su Evangelio fue combatir falsas enseñanzas introducidas en las iglesias en lo que respecta a la humanidad y divinidad de Cristo. Para esto establece un equilibrio entre su deidad y su humanidad. De todas formas, a diferencia de Lucas, presenta a Jesús como el Hijo de Dios, siendo este el “Evangelio del Hijo de Dios”.

Los cuatro Evangelios pueden dividirse en cinco fases bien identificadas: el período de preparación, los fundamentos del ministerio, el entrenamiento del ministerio, expansión y alcance, y multiplicación del liderazgo. El estudio en paralelo de estos textos no hace más que darnos una visión completa del Mesías Rey, Siervo, Hijo del Hombre e Hijo de Dios, Jesús de Nazaret, lo que tal vez podamos resumir con la expresión “nuestro Salvador”.



5. Hechos de los Apóstoles

Es probable que el evangelio de Lucas y el libro de Hechos fueran parte de una sola obra, redactada por Lucas para informar a personas como Teófilo, formadas en la cultura grecorromana. Parece que estos escritos fueron separados cuando, a principios del siglo II, les pareció bien a algunos cristianos unir las cuatro narraciones de la vida del Señor Jesús bajo el nombre de Evangelios, así como habían hecho con las epístolas de Pablo. De todas formas, esta separación ha ayudado como un nexo entre la vida de Jesús en la tierra y el ministerio apostólico y su posterior literatura. El libro de Hechos no conlleva mayores dificultades en su lectura, y nos ofrece una selección de eventos significativos de la era apostólica dirigida por el Espíritu Santo.

El mismo Lucas anuncia y describe sus métodos en el prólogo de su evangelio (Lucas 1:1-4), mencionando la importante labor de los testigos oculares. Además, deja en claro el estudio profundo de los hechos, basado en documentos de la época: *“Me ha parecido también a mí, después de haber investigado con diligencia todas las cosas desde su origen, escribírtelas por orden, oh, excelentísimo Teófilo”*. Es probable que también haya sido testigo ocular de la obra de Pablo.

El libro de Hechos de los apóstoles nos introduce a la literatura apostólica, es decir, planta la evidencia para aclarar y comprender las enseñanzas de las epístolas. Por lo tanto, es clave para el desarrollo de la doctrina cristiana y el conocimiento de la historia de la iglesia y el reino de Dios.

Se encuentra entre el Evangelio de Juan y la Epístola a los romanos. Fue ubicado allí en la época de la controversia antimarcionita (140 al 170). A partir de ese momento, quedaría como un enlace natural entre los evangelios y las epístolas.

Lucas es nombrado por primera vez como el autor en el prólogo antimarcionita (160 al 180) y es confirmado por el fragmento muratoriano (170 al 200). Además, Ireneo hace referencia a Lucas como el autor de Hechos en varios de sus escritos.

Tanto el Evangelio como Hechos están dirigidos a un tal Teófilo, miembro de la orden ecuestre u oficial romano de alta categoría, como resulta evidente en el tratamiento de “excelentísimo” utilizado en la introducción del Evangelio. En Hechos sin embargo, no se lo menciona con su título. Esto bien podría deberse a la intimidad con el corresponsal, o por el hecho de que Teófilo ya era cristiano para ese entonces.

La mayor parte del libro de Hechos está narrado en tercera persona: “él”, “ellos”, sin embargo, en ciertas secciones, el autor se une al movimiento apostólico, utilizando la primera persona del plural “nosotros”. Sabemos que Lucas se unió a la compañía en Troas y que trabajó con los apóstoles hasta que Pablo salió de Filipos (Hechos 17:1). A partir de allí la narración retoma la tercera persona. Vuelve a identificarse con los apóstoles en Filipos, al emprender el viaje a Troas (Hechos 20:5-6). Es evidente,



por el detalle de su relato, que Lucas fue testigo ocular de los acontecimientos ocurridos en Filipos (Hechos 16). Es posible que acompañara a Pablo hasta el final de su narración.

Nos deja la impresión de que se trató de un hombre culto, muy inteligente, simpático, investigador y autodisciplinado, lo que lo capacitaba para averiguar y presentar de manera discreta los detalles íntimos de la historia.

Hubo tiempo en que los eruditos rechazaban como falsos los escritos de Lucas, hasta que Sir William Ramsay comenzó a recorrer las tierras orientales para llevar a cabo investigaciones científicas que pusieron a Lucas como un historiador que seguía las mejores tradiciones de los historiadores griegos (especialmente las de Tucídides). Tal vez haya sido el historiador más concienzudo y exacto de la Antigüedad.

La referencia a Galión, procónsul de Acaya (Hechos 18:12-17) hace coincidir la historia de Hechos con una fecha que puede determinarse en base a documentos extrabíblicos: la muerte de Herodes Agripa (Hechos 12). Desde el viaje hacia Jerusalén y Roma, Lucas cuida mucho de sus notas cronológicas, lo que nos permite calcular los tiempos con bastante exactitud, aunque los hechos del primer período de la iglesia carecen de una exacta perspectiva histórica.

Lucas, necesariamente tuvo que recoger documentos de testigos fidedignos que hubiesen sobrevivido en los días que llevó a cabo sus investigaciones, según lo dicho en Lucas 1:1-4. Si damos por hecho que Lucas se convirtió en Antioquía, basados en las fechas de la primera expedición misionera de Pablo (aparece por primera vez en Troas alrededor del año 47), y a sus abundantes trabajos como colaborador de Pablo durante la segunda y tercera expedición, podemos suponer que no le fue posible visitar en Palestina a los antiguos discípulos, por lo menos no hasta la época en que Pablo fue encarcelado en Cesarea (57 a 59).

Al dar fin a su obra, los viajes de Pablo están frescos en su memoria, como lo expresa su dramatismo y el detalle de su relato. La llegada de Pablo a Roma en el año 60, nos indica que la narración de Lucas, que finalizó 2 o 3 años después de este suceso, ocurrió en el 62 o 63.

El relato de la Ascensión redondea el Evangelio de Lucas, pero hacía falta que el libro de Hechos empezara con el mismo acontecimiento, con el fin de relacionar la obra apostólica con el ministerio de Jesús.

Las benditas actividades del Espíritu Santo ocupando el lugar del maestro es el tema de este libro, denominado por algunos “Los Hechos del Espíritu Santo”. La presencia del Espíritu Santo es la que impulsa a los apóstoles a obrar en el nombre de Cristo y así continuar su obra en la tierra.

Es evidente que el Pentecostés y el descenso del Espíritu son los acontecimientos más importantes del libro. Sin el Pentecostés el hecho se habría consumado en un vacío, y nunca se hubiese relacionado con las necesidades de los hombres. El libro de Hechos presenta la redención hecha realidad en los



corazones de aquellos que, gracias a la obra del Espíritu Santo, fueron sumisos a la Palabra.

Sin duda, este libro puede considerarse la primera historia eclesiástica, ya que narra el nacimiento mismo de la iglesia, siguiendo con su desarrollo y el testimonio dejado sobre la tierra. Las personas experimentan un nuevo nacimiento, pues la semilla de la Palabra comienza a ser sembrada, vivificando los corazones por la obra del Espíritu Santo.

Al igual que las epístolas, este libro revela la naturaleza de las iglesias, con su orden, gobierno, prácticas y, sobre todo, su testimonio.

Al despedirse de los ancianos de Éfeso, Pablo dice que “anduvo proclamando el Reino” y, precisamente, al final de la historia, aparece el apóstol Pablo en Roma “predicando el Reino de Dios” a todos los que lo visitaban (Hechos 20:25) (Hechos 28:31). También identifica el mensaje con “el evangelio de la gracia de Dios” (Hechos 20:24), invitando al “arrepentimiento para con Dios y la fe en nuestro Señor Jesucristo” (Hechos 20:21). El evangelio del reino de Dios proclama un mensaje de perdón, justificación, reconciliación y vida eterna. El tema del libro es la extensión de este reino.

Muchos han resaltado las palabras del Señor en Hechos 1:8 como clave para la construcción del libro: la tarea de los apóstoles de testificar en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta lo último de la tierra. El mismo versículo destaca la importancia de esperar la venida del Espíritu Santo. Mencionaremos las grandes etapas del libro:

- Las últimas instrucciones del Rey y su ascensión a la diestra del Padre (Hechos 1:1-11).
- Un tiempo de espera, durante el cual se forma el cuerpo apostólico (Hechos 1:12-26).
- El descenso del Espíritu Santo, la proclama de Pedro y la primera congregación cristiana (Hechos 2:1-47). El testimonio ha empezado “en Jerusalén”.
 - Señales hechas en el nombre de Jesús en Jerusalén, lugar donde habían crucificado a Cristo. La iglesia crece, pero es rechazada por los líderes judíos (Hechos 3-5).
 - Se organiza la comunidad cristiana en Jerusalén (Hechos 6:1-7).
 - El testimonio de Esteban produce una gran oposición y se desata una cruenta persecución en Jerusalén, resultando en la muerte de este siervo de Dios. Saulo de Tarso emerge como jefe del judaísmo, encargado de la persecución a los cristianos (Hechos 6:8-8:3).
 - Los creyentes se desparraman a causa de la persecución, llevando el evangelio a distintas partes de Judea, Samaria y gran parte de Palestina. Felipe alcanza Samaria y extiende el evangelio por regiones lejanas, gracias a su encuentro con el etíope. El testimonio se extiende “a toda Judea y a Samaria” (Hch. 8:4-40).
- Pablo es llamado como apóstol a los gentiles y empieza su testimonio. Se forman iglesias en todo Israel (Hechos 9:1-31).
- Pedro ejerce una labor apostólica y de edificación en Israel (Hechos 9:32-43).
- Pedro abre la puerta del Reino a los gentiles (Hechos 10:1-11:18).



- Se forma la primera iglesia cristiana compuesta de judíos y gentiles en Antioquía, que pasará a ser el núcleo de la evangelización a los gentiles (Hechos 11:19-30).

- Herodes Agripa comienza con la persecución a los cristianos. Pedro es liberado. Bernabé y Saulo visitan Jerusalén (Hechos 12:1-25).

- Bernabé y Saulo son “separados” para llevar el evangelio a las naciones gentiles. Su primera expedición fue en Pisidia y Licaonia (Hechos 13:1-14:28).

- Surge una cuestión de los creyentes gentiles en cuanto a la circuncisión, la ley y el pueblo de Israel. Estos temas se discuten en el Concilio de Jerusalén, donde se afirma la libertad espiritual de los gentiles (Hechos 15:1-35).

- Pablo y Bernabé se separan, le sigue una segunda expedición misionera hacia el oeste del mar Egeo, fundando las iglesias de Tesalónica y Corinto (Hechos 15:36-18:22).

- Pablo confirma la obra en Asia Menor y lleva a cabo una gran obra misionera en Éfeso, lo cual repercutió en toda la provincia de Asia. Vuelve a visitar Macedonia y Acaya, pensando en subir a Jerusalén y desde allí viajar a Roma. En ese tiempo se recoge una colecta a favor de los santos pobres en Jerusalén (Hechos 18:23-20:5).

- Pablo viaja de Troas a Jerusalén, con el discurso a los ancianos de Éfeso en Mileto. Pablo comienza a ser conocido como el “embajador en cadenas” (Hechos 20:6-21:14).

- Pablo cumple su misión a la iglesia de Jerusalén y testifica a su pueblo en medio de alborotos y persecución. Es llevado preso a Cesarea (Hechos 21:15-23:35).

- Pablo hace su apología y da su testimonio frente a Félix, Festo, Herodes Agripa II y Berenice (Hechos 24:1-26:32).

- Viaja preso a Roma. Sufre un naufragio en la isla de Malta (Hechos 27:1-28:15).

- Pablo se halla en Roma. Aunque está preso, es tratado con consideración. El apóstol a los gentiles hace resonar el evangelio en la capital del Imperio. Los judíos romanos rechazan su testimonio. El evangelio fue proclamado *“hasta lo último de la tierra”* (Hechos 28:16-31).

El plan principal del libro es la extensión del evangelio.

De vez en cuando, Lucas contempla el progreso del evangelio en las etapas anteriores: *“Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que habían de ser salvos”* (Hechos 2:47); *“Y los que creían en el Señor aumentaban más, gran número así de hombres como de mujeres”* (Hechos 5:14); *“Y crecía la palabra del Señor, y el número de los discípulos se multiplicaba grandemente en Jerusalén; también muchos de los sacerdotes obedecían a la fe”* (Hechos 6:7); *“Entonces las iglesias tenían paz por toda Judea, Galilea y Samaria; y eran edificadas, andando en el temor del Señor, y se acrecentaban fortalecidas por el Espíritu Santo”* (Hechos 9:31). Lucas hace otro resumen en Hechos 11:20-26 para señalar las bendiciones que siguieron a la evangelización de los gentiles en Antioquía.



Pablo predicó el evangelio en muchos distritos del interior de Asia Menor durante el primer viaje, en Grecia (Macedonia y Acaya) durante en el segundo viaje, y evangelizó en la provincia de Asia en el transcurso de su tercer viaje. Las tres expediciones, junto a la última subida a Jerusalén y el viaje a Roma, llenan los capítulos del 13 al 28 del libro de Hechos.

Así como el Pedro del libro de Hechos es el mismo de los Evangelios y las dos epístolas que llevan su nombre, Pablo es el mismo que escribe las epístolas paulinas. La doctrina es idéntica en la historia y en los escritos. Tanto las normas como las prácticas que se recomiendan a las iglesias en las epístolas son las que vemos en operación en la historia.

Por otra parte, el libro de Hechos es un tratado apologético que bien podría utilizarse contra los judíos. Los elementos más importantes son:

- Nadie podía negar el ministerio de Jesús en Israel, con el testimonio de sus poderosas obras, las cuales manifestaban que “Dios estaba con él”.
- La crucifixión, lejos de probar que Jesús no podía ser el Mesías esperado, constituyó el cumplimiento de las profecías sobre el Siervo de Jehová que sufriría en lugar de su pueblo (Isaías 53).
- La resurrección de Jesús fue un hecho real. Los apóstoles fueron testigos oculares y se habían relacionado con el Cristo resucitado.
- La resurrección como doctrina general, y con referencia especial al Mesías, se hallaba en los escritos inspirados del Antiguo Testamento.
- Los apóstoles citaban quizá las enseñanzas de Jesús luego de su resurrección (Lucas 24:25-27, 32, 44-47).
- Los apóstoles declaraban que habían sido comisionados por el Señor para anunciar el perdón de los pecados por la fe en su nombre.
- Declaraban además que Jesús de Nazaret no solo era el Mesías esperado, sino el Hijo de Dios.
- Se hallan referencias a la glorificación de Jesús el Cristo, como garantía de las bendiciones que los creyentes vivirían en un futuro.



6. Los viajes misioneros de Pablo

Lo primero que viene a nuestras mentes cuando mencionamos al apóstol Pablo son sus viajes, las aventuras evangelizadoras por tierra y por mar, llevando el evangelio y fundando iglesias. Sin embargo, no siempre tenemos en claro su recorrido, los lugares de destino y qué acontecimientos ocurrieron en cada uno de esos sitios.

Se suele hablar de tres viajes misioneros. No obstante, ¿fueron solo esas tres las misiones que emprendió, o hubo algunas más? Para su estudio, disponemos de dos fuentes bíblicas: las cartas paulinas y el libro de los Hechos. Estas dos fuentes corren de manera paralela y otras veces se cruzan, pero no coinciden. Por lo tanto, debemos reconstruir los viajes de Pablo de manera autónoma en cada libro, sin descuidar lo que el otro pueda sumar.

No se suele hablar del primer viaje misionero de Pablo ni se le menciona comúnmente en la lista de sus destinos evangelizadores. Este fue su viaje a Arabia luego de su conversión. El Epístola a los gálatas y el libro de Hechos nos cuenta de este viaje. En Gálatas, Pablo dice que, apenas se convirtió, “... inmediatamente, sin consultar a ningún hombre, y sin subir a Jerusalén para ver a los que eran apóstoles antes que yo, me fui a Arabia, y después regresé a Damasco” (Gá. 1:16-17). A pesar de su brevedad, podemos sacar varias cosas en conclusión respecto a este hecho.

Lo primero que podemos saber es cuál fue el motivo de este viaje. La postura más común dice que Pablo se retiró un tiempo para reflexionar y aprender la doctrina cristiana, sin embargo, esto resulta inaceptable. En Gálatas, Pablo intenta justificar su autoridad como apóstol. Es en ese contexto que menciona este episodio de su vida, por lo que la mención de su retiro para orar y pensar hubiese sido contraria al desarrollo de su mensaje y sus hábitos. Por otra parte, Pablo conocía bien la doctrina de los cristianos a los cuales él perseguía, al punto que lo consideraba un riesgo para el judaísmo farisaico. Al convertirse, no le fue necesario aprender sobre Jesús de Nazaret.

Por lo tanto, lo más seguro es que su viaje a Arabia haya sido su primera expedición misionera. Pablo afirma que desde el primer día de su conversión estuvo convencido de que Dios lo llamaba a anunciar a Jesucristo “entre los gentiles” (Gálatas 1:16). Aunque no podemos asegurarlo, es posible que haya buscado un territorio con gentiles para emprender su primera misión y, ciertamente, había gentiles en Damasco.

¿Pero a qué región se refiere Pablo con Arabia? Este término resulta demasiado vago. En los tiempos apostólicos esta expresión abarcaba todo el territorio comprendido al este del río Jordán, el cual iba desde el norte hasta Siria, al este hasta el río Éufrates y al sur hasta el mar Rojo. Como pueden imaginar, había en esta región una cantidad inmensa de centros urbanos, vías comerciales y tribus nómades de pastores. Por lo tanto, la expresión “... me fui a Arabia y luego volví a Damasco” (Gá. 1:17) parecería



indicar algún lugar de Arabia no lejos de Damasco. Quizá se trataba de las ciudades de los alrededores, donde había asentamientos griegos, sirios y nabateos.

Aunque seguimos en el plano de la suposición, podemos llegar a deducir, gracias a la Segunda carta a los corintios, que esta primera misión no tuvo un final feliz. Al contar sobre los sufrimientos que soportó como apóstol, donde se expuso a dificultades y peligros de toda clase, dijo: *“En Damasco, el etnarca del rey Aretas tenía puesta una guardia en la ciudad de los damascenos, con el fin de prenderme; por una ventana y en una canasta fui descolgado por la muralla; y así escapé de sus manos”* (2 Co. 11:32-33). El rey de Arabia, Aretas IV, molesto por la predicación de Pablo en su territorio, mandó capturarlo. El que regresara de Arabia a Damasco y fuera perseguido por los árabes, nos confirma que Pablo no había ido allí en busca de un silencioso retiro, sino de acción, una acción que parece haber tenido cierta trascendencia, pues Pablo debió escapar para salvar su vida.

La primera misión de Pablo habría durado un poco más de dos años: *“... después, de allí a tres años, subí a Jerusalén”* (Gá. 1:18). El adverbio “después” alude al tiempo de su conversión. Por lo tanto, esos tres años (dos años y fracción) pasó en Arabia, pues cuando regresó a Damasco no pudo permanecer mucho tiempo en la ciudad.

El relato de Lucas en Hechos no menciona su viaje a Arabia, sino que dice que se quedó en Jerusalén predicando en las sinagogas de los judíos.

El segundo viaje misionero de Pablo es su primera subida hacia Jerusalén. En este caso, es el libro de los Hechos el que nos lo cuenta. Según Hechos 9:23-25: *“... después de bastante tiempo”*, Pablo tuvo que marcharse de Damasco, debido a que los judíos querían matarlo (no los árabes, como contó Pablo en la Segunda carta a los corintios). Se dirigió a Jerusalén con la intención de reunirse con los demás discípulos, pero todos allí le tenían miedo y no confiaban en su historia de conversión. Entonces Bernabé, un levita judío, chipriota, convertido al cristianismo en Jerusalén, con influencia entre los cristianos, lo presentó ante la comunidad, y dio testimonio de la verdad de la conversión de Pablo. Contó cómo se había convertido y predicado con valentía en Damasco ante los judíos. Como consecuencia, los cristianos de Jerusalén lo aceptaron en sus filas (Hechos 9:26-27).

Según Hechos, es aquí donde se produce la segunda misión de Pablo: *“... andaba con los apóstoles por Jerusalén, predicando valientemente en el nombre del Señor; también hablaba y discutía con los helenistas; pero éstos intentaban matarlo”* (Hechos 9:28-29). Pablo predicó con tal entusiasmo, que los judíos helenistas resolvieron matarlo. Sin embargo, según Hechos, estando Pablo en oración en el templo, vio a Jesús resucitado que le decía que su misión no era predicar a los judíos de Jerusalén, sino viajar lejos para anunciar el evangelio a los gentiles (Hechos 22:17). Mientras tanto, los cristianos de Jerusalén se enteraron del plan para matar a Pablo y lo llevaron hasta el puerto de Cesarea, desde donde partió rumbo a Tarso (Hechos 9:30). No obstante, en su carta a los Gálatas, Pablo da otra versión de los sucesos. Según sus palabras: *“Luego, de allí a tres años, subí a Jerusalén para conocer a Cefas y*



permanecí quince días en su compañía. Y no vi a ningún otro apóstol, y sí a Santiago, el hermano del Señor". (Gá. 1:18-19). Pablo afirma que subió a Jerusalén "después de tres años" de su conversión. Pablo quiere subrayar que *"el evangelio anunciado por mí no es de orden humano, pues yo no lo recibí ni aprendí de hombre alguno, sino por revelación de Jesucristo"* (Gá. 1:11-12). Intenta con eso señalar que su apostolado no está subordinado a *"... los que eran apóstoles antes que yo en Jerusalén"* (Gá. 1:17). Por otra parte, afirma que el objetivo de su viaje a Jerusalén era "conocer" a Cefas e informarse sobre su persona. Por lo tanto, no fue a predicar, como indica Hechos. Pablo deja en claro que su estancia con Pedro fue de carácter personal y privada, y que duró tan solo 15 días. En cuanto a las personas con las que se encontró, Pablo dijo no haber visto a ningún apóstol fuera de Pedro. Solo dice que vio a Santiago, el hermano del Señor, el cual desempeñaba un papel importante en la iglesia de Jerusalén, pero no tenía la categoría de apóstol. Finalmente, si bien se marchó de la ciudad santa, en ningún momento menciona haber sido perseguido por parte de los judíos, como cuentan los Hechos.

La versión del libro de Hechos parece tratarse de una reconstrucción teológica que muestra a Pablo vinculado con la comunidad cristiana, unido a su jerarquía, y señalando que los judíos quieren matarlo por predicar a Jesús.

De todas las misiones emprendidas por Pablo, la más desconocida y de la que menos información tenemos es la que llevó a cabo inmediatamente después de marcharse de Jerusalén. El libro de los Hechos dice que se estableció en Tarso (Hechos 9:30), y luego se trasladó a Antioquía (Hechos 11:25). Pablo dice más o menos lo mismo en la Carta a los gálatas, pero en orden inverso: *"Después me fui a las regiones de Siria y de Cilicia"* (Gá. 1:21). Como la capital de Siria es Antioquía, y la de Cilicia es Tarso, ambas versiones coinciden, al menos en cuanto al lugar geográfico donde Pablo permaneció durante este tiempo.

Lo único que sabemos de esta época es que llegaban noticias a las iglesias de Judea de su actividad misionera, y que la gente comentaba: *"El que antes nos perseguía, ahora anuncia la buena nueva de la fe que entonces quería destruir"*; y todos los cristianos glorificaban a Dios por eso (Gá. 1:23-24). Sabemos entonces que Pablo no estuvo inactivo durante esos años, sino que predicó el evangelio, tanto a judíos como a gentiles, mientras se ganaba la admiración de los demás cristianos.

Basándonos en Hechos, podemos afirmar que Pablo abandonó Jerusalén y se subió a un barco en el puerto de Cesarea, con el fin de trasladarse a Tarso, su próximo punto de predicación. Volver a Damasco implicaría poner en riesgo su vida, además, en Tarso encontraría la amistad y acogida de algunos familiares. Durante el tiempo que estuvo en la ciudad, debió no solo ejercer su trabajo misionero, sino también fundar algunas comunidades, tanto en Tarso como en sus alrededores. Esto concluimos porque, tiempo después, los apóstoles mencionan la existencia de comunidades cristianas en la región de Cilicia (Hechos 15:23, 41). Otra posibilidad es que estas comunidades cristianas ya existieran antes de su llegada, y que Pablo tan solo se dedicase a servir las y afianzarlas en la fe.



Tarso parece haber sido el centro de operaciones de Pablo durante varios años. Algunos dicen que estuvo en la ciudad por el tiempo de dos años, hasta que Bernabé lo visitó y se lo llevó a Antioquía.

El siguiente viaje fue precisamente hacia ese lugar. Tampoco este viaje es mencionado en las cartas. Lo único que dice Pablo de su actividad misionera en los siguientes catorce años (desde mediados del 30 a fines del 40) es: *“Después me fui a las regiones de Siria y Cilicia”* (Gá. 1:21). Por lo tanto, debemos basarnos en el libro de Hechos para reconstruir este período.

El evangelio había llegado a Antioquía unos años antes, cuando se había desatado la persecución en Jerusalén contra los cristianos helenistas, quienes, dispersándose, predicaron las buenas nuevas por distintas regiones: Samaria, Fenicia, Chipre, y finalmente Antioquía (Hechos 11:19).

Antioquía era la capital de la provincia romana de Siria, y la tercera ciudad del Imperio romano, después de Roma y Alejandría. Era famosa por sus templos, teatros y termas, además de contar con un gran puerto llamado Seleucia, sobre el Mediterráneo que hacía de puerta hacia el Oriente. Eso transformó a la ciudad en uno de los centros comerciales más importantes de toda la región. Contaba en esa época con medio millón de habitantes, entre los que había una importante colonia judía.

En esta ciudad, algunos cristianos de la diáspora judía comenzaron a predicar el evangelio a los paganos. Esta sería la primera vez que el mensaje de salvación era predicado de manera abierta a los gentiles, lo que hizo que se formara la primera comunidad cristiana compuesta por judíos y gentiles convertidos al cristianismo (Hechos 11:20-21). Fue además en esta ciudad donde se le dio la denominación de cristianos a los seguidores de Cristo (Hechos 11:26).

Bernabé fue a Antioquía, y aunque se sorprendió al ver el crecimiento de la comunidad y la fraternidad entre judíos y gentiles conversos, comprendió que era necesario organizar a la iglesia, por lo que decidió ir a buscar a Pablo a Tarso para que lo ayudara con esta tarea (Hechos 11:22-26).

Se trata, sin duda, de una de las etapas más importantes de la vida de Pablo, pues afianzará su vocación con los gentiles. Pablo permaneció durante un buen tiempo en Antioquía, llevando a cabo un trabajo pastoral silencioso, pero eficaz, bajo el liderazgo de Bernabé. La única información que conservamos de esta época es una experiencia mística que el mismo Pablo relata en 2 Corintios 12:1-10).

Partió desde Antioquía hacia el primer proyecto misionero de gran alcance. Fue el primer viaje itinerante, donde tenía el objetivo de difundir el evangelio entre los gentiles.

Veamos las etapas de este viaje, tal como lo narra el libro de los Hechos (capítulos 13 y 14).

Este proyecto misionero estuvo integrado por Bernabé, Pablo y Juan Marcos. El primer objetivo fue la isla de Chipre, de donde Bernabé era oriundo. Después de viajar doscientos kilómetros, los misioneros arribaron al puerto de Salamina, en la costa oriental de Chipre, donde había una gran colonia judía. Allí predicaron el evangelio tanto a los judíos de la ciudad, como a paganos simpatizantes del judaísmo. Luego viajaron hacia Pafos, la capital del país, la cual quedaba en el extremo occidental de la isla. Allí



se enfrentaron al mago Bar Jesús (Hechos 13:6), y fueron recibidos por Sergio Pablo, el gobernador romano, quien recibió el mensaje y abrazó la fe (Hechos 13:12).

La comitiva tomó rumbo al norte e ingresó en el actual territorio turco. Desembarcaron en el puerto de Atalía y se dirigieron a Perge, donde Juan Marcos se separó del grupo para regresar a Antioquía de Siria. Pablo y Bernabé continuaron solos rumbo a Antioquía de Pisidia, a unos doscientos sesenta kilómetros hacia el norte. A partir de este momento, la predicación de los misioneros se inclinará hacia los gentiles, aunque sin abandonar del todo a los judíos.

Se dirigen luego a la ciudad de Iconio, donde intentaron apedrear a Pablo, por lo que tuvieron que huir. En Listra se vio la oposición al evangelio de parte de los gentiles. Ante la curación milagrosa de un parálítico, la gente tomó a Pablo y Bernabé por dioses venidos a la tierra y quisieron adorarlos. Finalmente, Pablo es apedreado, dando así por terminada la misión.

Fueron a Derbe y lograron evangelizar la ciudad. Desde allí retomaron el camino de vuelta, deteniéndose en Perge para predicar. Por último, llegaron a Antioquía de Siria, reunieron a la iglesia y *“... se pusieron a contar todo cuanto Dios había hecho juntamente con ellos, y cómo había abierto a los gentiles la puerta de la fe”* (Hch. 14:27).

El segundo viaje tuvo mayor duración y abarcó zonas más extensas que el primero, incluyendo no solo la región de Pisidia, sino además extendiéndose a la provincia romana de Asia e incluso Europa. Esta vez Pablo no fue acompañado por Bernabé sino por Silvano (o Silas, como prefiere llamarlo el libro de los Hechos). Según Hechos 15:36-40, Bernabé quería llevar nuevamente a Juan Marcos como compañero, pero Pablo se opuso, teniendo en cuenta que los había abandonado durante el primer viaje, lo que desató una discusión en el que cada uno decidió misionar por su lado. Sin embargo, la verdadera razón parece haber sido el incidente de Antioquía. Cuando Pablo estuvo en Antioquia trabajando, lo visitó Pedro. Parece que ambos apóstoles tuvieron una dura discusión sobre si la ley de Moisés debía o no ser observada por los gentiles convertidos al cristianismo. A raíz de esta discusión, Bernabé se asoció con Pedro (Gálatas 2:13). Por lo tanto, cuando Pablo decidió emprender su segunda misión, no quiso llevar consigo a Bernabé, y prefirió a Silvano. Esta vez, el apóstol de los gentiles no había sido enviado por la iglesia de Antioquía, sino en un acuerdo con Jerusalén, donde lo habían reconocido como apóstol (Gálatas 2:9). Por eso suele hablarse de este viaje como la “misión independiente”.

Para este segundo viaje tomaremos como base el relato de los Hechos. Pablo y Silas partieron de Antioquía hacia el norte, donde visitaron las iglesias de Siria y Cilicia (Hechos 15:41). Luego cruzaron la cordillera del Tauro, a través de las Puertas Cilicias, y comenzaron la segunda etapa del viaje: Derbe, Listra e Iconio. En Listra, Pablo se encontró con un joven judío llamado Timoteo, a quien él había convertido al cristianismo en su primer viaje. Trabajaba con ánimo en las iglesias locales y predicaba con gran ímpetu, de modo que decidió llevarlo consigo como colaborador (Hechos 16:1-3).



A partir de aquí, Timoteo se convertirá en el hombre de confianza que estaría a su lado hasta el fin de su vida (1 Corintios 4:17).

Poco después, los tres misioneros partieron hacia el oeste, a Éfeso, una importantísima ciudad, que por su esplendor y fama era llamada por muchos “la pequeña Roma”. Mientras atravesaban los angostos y escarpados caminos de la región central del Asia Menor, debieron suspender la marcha. No sabemos qué pasó. El texto dice, de manera misteriosa, que “... *el Espíritu Santo les impidió predicar la Palabra en Asia*” (Hch. 16:6). Es posible que hayan recibido algún tipo de señal o profecía grupal, o que Silas, reconocido por su don de profecía, les haya advertido (Hechos 15:32). Lo que sí sabemos es que la visita a Éfeso quedó abortada. Tomaron entonces rumbo al norte, a la provincia de Bitinia (Hechos 16:7).

Luego de atravesar la región de Frigia, mientras entraban a Galacia, Pablo se enfermó de manera imprevista, y tuvieron que detenerse en un sitio desconocido de esta zona. Los habitantes del lugar atendieron a Pablo con enorme cariño (Gálatas 4:15), y este aprovechó para predicarles por primera vez (Gálatas 4:13) con gran éxito.

Pablo se mejoró y continuaron con el viaje, siguiendo el plan de dirigirse hacia el norte. Sin embargo, otra vez “... *el Espíritu de Jesús no se lo consintió*” (Hechos 16:7). Entonces enfilaron hacia el puerto de Tróade, en el extremo oeste del Asia Menor. Al llegar allí, Pablo tuvo un sueño. Vio a un hombre de pie, en la orilla opuesta, que le suplicaba diciendo: “*¡Pasa a Macedonia y ayúdanos!*” (Hch. 16,9). Esa misma mañana, decidió viajar con sus compañeros rumbo a Europa. Se sabe que en Tróade se incorporó un nuevo misionero al grupo, aunque no se menciona su nombre.

Los cuatro partieron de Tróade y llegaron a Filipos. Pablo buscó de inmediato una sinagoga para predicar el evangelio, pero no hallaron ninguna. Entonces, fue hasta la orilla del río, donde se reúnen los judíos cuando no tienen sinagogas. Se dirigió a las afueras de la ciudad, por donde pasaba el río Gangites, pero no encontró más que un grupo de mujeres reunidas en oración. Pablo les habló de Jesús de Nazaret (Hechos 16:13), y una mujer llamada Lidia, empresaria de la industria de la púrpura, aceptó el mensaje del evangelio (Hechos 16:14). Fue bautizada e invitó a los misioneros a alojarse en su casa. No se trataba tan solo de cortesía, sino de resguardo: la vida de estos misioneros corría peligro. La casa de Lidia pasó a ser su base de operaciones (Hechos 16:40), siendo la primera iglesia cristiana fundada por Pablo en Europa. Sin embargo, su estadía en casa de Lidia no duró demasiado. Un día, mientras Pablo y Silas caminaban por las calles de Filipos, se encontraron con una joven esclava a quien sus amos explotaban por sus artes adivinatorios. Pablo la curó, desatando la ira de los amos, quienes lo denunciaron, a él y a Silas, y los hicieron apresar y azotar. Estando en la cárcel, a medianoche, un milagroso terremoto permitió la liberación de los apóstoles, la conversión del carcelero y de toda su familia (Hechos 16:25-39). Después de su liberación, se marcharon, pues se había vuelto muy arriesgado seguir en aquella ciudad. Timoteo, exento de lo sucedido, se quedó en la ciudad.

Viajaron entonces a Tesalónica, al oeste de Filipos. Pablo y Silas encontraron una comunidad judía



en ese lugar que se reunía todos los sábados en la sinagoga. Con la ayuda económica de los filipenses (Filipenses 4:16) pudieron alojarse en una posada.

Aunque predicaron durante varias semanas a los judíos, no tuvieron mucho éxito: solo algunos hombres se adhirieron al evangelio. Entre ellos estaba Aristarco (que con el tiempo se convertiría en uno de los compañeros de Pablo más fieles; Colosenses 4:10), Segundo (Hechos 20:4) y Jasón, un hombre rico y famoso, el cual invitó a Pablo y a sus compañeros a dejar la posada y alojarse en su casa.

La reacción de los judíos no se hizo esperar. Armaron una revuelta, prendieron a Jasón y a algunos cristianos de la comunidad, y los llevaron ante los magistrados de la ciudad. Empero, no pudieron acusarlos de ningún delito, por lo que las autoridades impusieron una fianza a Jasón y los dejaron libres. Esa noche, Pablo y Silas, acompañados por algunos cristianos de Tesalónica, tuvieron que abandonar la ciudad (Hechos 17:5-10), viajando a Berea, donde se les unió nuevamente Timoteo.

Los judíos bereeanos mostraron mejor disposición que los tesalonicenses. Recibieron la Palabra de Dios con más diligencia, y hasta consultaron las Escrituras, con el fin de evaluar y confirmar las enseñanzas de Pablo (Hechos 17:10-11). Sin embargo, todo fue ensombrecido por la llegada de algunos judíos de Tesalónica, que volvieron a alborotar a las personas en contra de los misioneros. La comunidad bereeana organizó entonces la huida de Pablo y Timoteo, quedándose esta vez Silas.

Ambos misioneros continuaron su marcha hacia el sur, hasta llegar a Atenas. Pablo estaba preocupado por las iglesias de Macedonia, por lo que le pidió a Timoteo que vaya a darles paz y apoyarlas en su evangelización (1 Tesalonicenses 3:1-2), mientras él se quedaba en la ciudad para formar una nueva comunidad cristiana.

El libro de los Hechos cuenta que Pablo dirigió un discurso a los filósofos de la ciudad, epicúreos y estoicos, que estaban reunidos en el Areópago, donde citó a poetas y escritores griegos para ganar su atención, sin embargo, todo comenzó a fracasar al hablar acerca de la resurrección de los muertos, una idea muy ajena al espíritu de la filosofía griega (Hechos 17:22-32). Antes de marcharse a Corinto, creó una pequeña comunidad (Hechos 17:34).

Su trayecto a Corinto fue especial, pues esta vez iba solo y temeroso, pues viajaba sin sus colaboradores (1 Corintios 2:3). No obstante, al llegar a la ciudad se encontró con un matrimonio cristiano, Aquila y Prisca, que además eran colegas de profesión con Pablo en la fabricación de carpas. Lo invitaron entonces a trabajar en su taller y a alojarse en su casa (Hechos 18:3). Esto fue importante para él: encontrar casa, comida y trabajo en una ciudad desconocida no era algo común en ese tiempo. Ese fin de semana conoció la pequeña iglesia fundada por este matrimonio. Se reunían en su casa para compartir la Cena del Señor y orar juntos.

Unas semanas más tarde, Timoteo llegó a Corinto, acompañado de algunos filipenses que, por tercera vez, le brindaron ayuda económica, con el fin de llevar a Pablo las buenas noticias provenientes de Tesalónica (1 Tesalonicenses 3:6).



El impulso evangelizador de Pablo hizo que pronto tuvieran que buscar una casa más grande para hacer sus reuniones, por lo que se trasladaron a la de un tal Justo (Hechos 18:7). La evidente expansión del evangelio en esa ciudad hizo que los judíos vieran con preocupación el hecho de que muchos se pasaban a la nueva fe. Entonces hicieron apresar a Pablo y lo llevaron ante el gobernador Galión. El magistrado rechazó cualquier denuncia y les dijo que se trataba de un tema religioso, no civil, por lo que dejó libre a Pablo (Hechos 18:12-17). Viendo que su vida estaba nuevamente en peligro, se marchó de Corinto. Había permanecido en la ciudad alrededor de un año y medio. Prisca y Aquila también abandonaron la ciudad para acompañarlo a Éfeso (Hechos 18:18-19).

Éfeso era una ciudad grande, situada a mitad de camino entre las iglesias orientales (las de Galacia) y las occidentales (las de Grecia), lo que le permitiría a Pablo comunicarse mejor con todas las comunidades cristianas. Al llegar a Éfeso, decidió seguir viaje a Antioquía de Siria, con el fin de retomar el contacto con esta antigua comunidad de creyentes, a la que hacía mucho había dejado. Dejó en la ciudad a Aquila y a Prisca, y partió hacia el este.

Según el libro de Hechos, Pablo “... *desembarcó en Cesarea, subió a saludar a la iglesia, y después bajó a Antioquia*” (Hch. 18:22). Se desconoce a qué iglesia se refiere, pero el hecho de desembarcar en Cesarea y haber usado el verbo “subir” y el sustantivo “iglesia” en una sola frase, da a entender que se trataba de la iglesia de Jerusalén. El libro de Hechos no cuenta ningún episodio especial durante esta visita, ni tampoco sobre Antioquía, la ciudad que visitó a continuación. Solo sabemos que una vez que el apóstol salió de allí para emprender su tercer viaje, nunca más volvería a Jerusalén.

Pablo emprende su último viaje misionero. Esta vez va lo acompaña Tito. Recorrió las regiones de Licaonia y Galacia, donde había fundado iglesias con anterioridad, y llegó a Éfeso, donde estableció su nuevo centro de operaciones. Prisca y Aquila ya habían formado una comunidad floreciente y dinámica, que se reunía casa domingo en su casa (1 Corintios 16:19).

En Éfeso se da un encuentro con doce miembros del movimiento de Juan el Bautista. Pablo, al ver la información incompleta que ellos tenían, les expuso la verdadera fe en Jesucristo como Mesías de Israel. Todos creyeron y fueron bautizados, siendo añadidos a la iglesia de Éfeso (Hechos 19:1-7). Después de este pequeño éxito, Pablo retomó la evangelización con los judíos, sobre todo en las sinagogas, donde asistía para enseñar las Escrituras y cómo todas ellas se cumplían en la persona de Jesucristo.

Los judíos reaccionaron de manera negativa contra él, por lo que tuvo que abandonar los recintos judíos y alquilar el salón de un tal Tirano, donde fundó y dirigió una escuela de teología durante dos años. Su fama fue tan grande, que los judíos y gentiles de toda Asia acudían para entender la Palabra de Dios (Hechos 19:10). Sin embargo, esto le costó muchas persecuciones y sufrimientos, e incluso puso en riesgo su vida (2 Corintios 1:8-11).



Además de los conflictos en Éfeso, Pablo debió afrontar una serie de crisis que sufrían otras iglesias con algunos predicadores judaizantes, como la iglesia de Galacia y Corinto. Pablo estaba en la cárcel cuando supo que la iglesia de Filipos pasaba por la misma crisis.

Llegaron a Éfeso familiares de una corintia llamada Cloe que informaron a Pablo acerca de las peleas y divisiones que sufrían los hermanos en Corinto, así como de ciertos escándalos morales. Pablo entonces les escribió una serie de cartas para reprenderlos por la inmoralidad sexual y la falta de comunión, responder algunas de sus preguntas, enseñándoles acerca de la resurrección de los muertos, defendiendo su ministerio apostólico, entre otras cosas. Dado que la situación en Corinto empeoraba, el apóstol organizó un viaje a Corinto, con la esperanza de poner fin al conflicto. Sin embargo, su viaje fue muy desafortunado. El conflicto con los corintios se agravó aún más, y algunos hasta llegaron a ofender y maltratar al apóstol, de manera que se vio obligado a regresar a Éfeso. Entonces les escribió la que es conocida como la “carta de las lágrimas” (2 Corintios 2:4).

Debido a conflictos con las autoridades locales, Pablo abandonó Éfeso y se marchó a Tróade para encontrarse con Tito y que le diera noticias sobre la iglesia en Corinto, pero no lo halló, preocupándose mucho por él. Entonces partió hacia Macedonia, y allí sí, pudo encontrarse con él y recibir las buenas noticias que estaba esperando: los corintios habían aceptado la carta de Pablo y estaban reconciliados con él.

Cuando Pablo ya llevaba unos tres años en Éfeso, estalló una revuelta que llevó al apóstol a la cárcel. Si bien había estado preso en otras oportunidades, esta vez temió lo peor. En las cartas a los filipenses confiesa que le aguarda la muerte, que espera derramar pronto su sangre, y que se ha preparado para partir de este mundo (Filipenses 1:19-21), sin embargo, fue liberado. Lo más seguro que las autoridades le hayan pedido que abandonara la ciudad o que Pablo haya comprendido que los dirigentes locales podían llevar adelante las iglesias de Asia. Lo cierto es que partió rumbo a Macedonia y Acaya, para recoger la colecta que había mandado a hacer para la iglesia de Jerusalén. En su largo recorrido por las provincias de Macedonia y Acaya, llegó hasta Corinto, en su tercera y última visita a la ciudad. El libro de los Hechos afirma que, luego de marcharse de Éfeso, Pablo atravesó Macedonia y llegó a Corinto, donde permaneció por espacio de tres meses (Hechos 20:1-3), hospedándose en la casa de Gayo junto a sus colaboradores (Romanos 16:23). Durante su estadía en la ciudad, compone su famosa Epístola a los romanos, el escrito más largo, y a la vez el que constituye su testamento teológico y espiritual. En él da a entender que ha finalizado su tarea en Asia, Macedonia y Acaya, y que abriría un nuevo frente de evangelización en Occidente, lo que incluye España (Romanos 15:23-24). Esta noticia es el último episodio de su vida registrado en las cartas. A partir de aquí, solo podemos reconstruir la vida de Pablo basándonos en el libro de los Hechos.

Finalizada su estadía en Corinto, Pablo regresa a Jerusalén para llevar la colecta. Lo acompaña un pequeño comité integrado por cristianos de las mismas comunidades que recolectaron el dinero.



El libro de los Hechos, aunque no menciona la colecta, da el nombre de siete delegados: Sópatros (de Berea), Aristarco y Segundo (de Tesalónica), Gayo (de Derbe), Timoteo (de Listra), Tíquico y Trófimo (de Éfeso).

Lucas presenta de manera detallada todo el trayecto de Corinto a Jerusalén. Pablo llega a las ciudades de Filipos (Hechos 20:6), Tróade (Hechos 20:6), Asso (Hechos 20:13), Mitilene (Hechos 20:14), Quíos (Hechos 20:15), Samos (Hechos 20:15), Trogilión (Hechos 20:15), Mileto (Hechos 20:15), Cos (Hechos 21:1) Rodas (Hechos 21:1), Pátara (Hechos 21:1), Chipre (Hechos 21:3), Tiro (Hechos 21:3), Ptolemaida (Hechos 21:7) y finalmente el puerto de Cesarea (Hechos 21:8). Sin embargo, no dispone de demasiadas noticias para rellenar las escalas del viaje.

Cuando finalmente Pablo llegó a Jerusalén, fue arrestado por las autoridades, encarcelado, y posteriormente llevado a Roma para ser juzgado por el emperador. Allí moriría sin poder cumplir el sueño de visitar España. Sin saberlo, había realizado su último viaje misionero.

7. Cartas apostólicas

Las epístolas del Nuevo Testamento se dividen en dos grupos: las epístolas paulinas y las católicas o universales.

La disposición o estructura de las epístolas paulinas es bastante uniforme. Podemos dividirla en tres partes: la introducción, el cuerpo y la conclusión. La introducción, además del remitente, los destinatarios y la salutación, como en general se utilizaba en las cartas griegas o latinas, solía contener una bendición, dando gracias a Dios por los favores otorgados a los destinatarios. El cuerpo de la epístola consta de dos partes: una dogmática o didáctica, y otra moral o parenética. Con frecuencia las exhortaciones morales se deducen de las verdades establecidas en la primera parte. Otras veces son más independientes y responden más bien a las necesidades de los destinatarios. A estas exhortaciones se añaden a veces algunos avisos particulares. Por último, la conclusión comprende, junto con las noticias personales, un saludo y una bendición final.

Las epístolas paulinas no fueron escritas en el mismo orden con que se leen actualmente en nuestras Biblias. Pueden ser divididas en cuatro grupos, según su orden cronológico y origen histórico. El primer grupo comprende las epístolas escatológicas, compuestas por las dos cartas a los tesalonicenses, escritas durante el segundo viaje misionero, probablemente poco después de que Pablo llegara a Corinto, en el año 51. El segundo grupo comprende las epístolas doctrinales. Se compone de las cuatro grandes cartas escritas durante el tercer viaje misionero. La Primera carta a los corintios fue escrita desde Éfeso cerca de la Pascua del año 56 (o 57). La Segunda carta a los corintios se escribió desde Macedonia, a fines del mismo año o principios del siguiente. La Epístola a los romanos fue escrita en Corinto pocos meses más tarde. Aunque se duda de la cronología de Gálatas, es probable que haya sido escrita antes que



Romanos. Las dos epístolas a los corintios son apologéticas y disciplinares, mientras que las otras dos exponen el dogma de la justificación. El tercer grupo comprende las llamadas epístolas de la cautividad, escritas desde la cautividad de Roma, entre los años 60 al 62 (o 61 al 63). Son cuatro: Colosenses, Efesios, Filemón y Filipenses. Algunos creen que la Carta a los filipenses fue escrita en Éfeso, durante el tercer viaje misionero, pero no existen razones suficientes como para abandonar la opinión tradicional, la cual la coloca dentro de este grupo. En estas cartas, Pablo desarrolló su cristología. A este grupo pertenecería, en caso de confirmar la autoría paulina, la Epístola a los hebreos, cristológica y sacerdotal, que algunos dicen que fue escrita por Pablo en Italia, poco después de la primera cautividad romana hacia el año 62 (o 63). El cuarto grupo es el de las llamadas epístolas pastorales, escritas en el siguiente orden: 1 Timoteo, Tito, por los años de 65 o 66, y 2 Timoteo, durante su última prisión en Roma, a fines del año 66 o principios del 67.

Pablo escribió todas sus epístolas en griego. No utilizó el griego clásico de Platón o Jenofonte, sino la koiné. El estilo de Pablo puede considerarse de varias maneras según los elementos que uno tenga en consideración. Si se atiende a la estructura o construcción de la frase, debemos confesar que es bastante irregular, incorrecto y escabroso: inversiones violentas, elipsis tenebrosas, paréntesis desconcertantes, transiciones bruscas, períodos desarticulados, anacolutos formidables, oraciones sin verbo ni sujeto, verdaderos montones de complementos indirectos. Justamente son estas y otras escabrosidades del lenguaje que hacen sumamente difícil la lectura de Pablo. Su palabra es además austera, siendo inútil buscar en ella frescura y colorido. Sin embargo, a pesar de esas deficiencias, el estilo de Pablo es personal, expresivo, viviente, rico y matizado. Muchas veces es enérgico, vigoroso y aplastante. Es maravilloso ver a la vez rasgos de delicadeza e insinuaciones sutiles. Su texto conmueve y seduce. Las asperezas de su texto no son el efecto de una vaguedad literaria, sino la obsesión por comunicar la verdad de todas formas posible, lo que en definitiva contribuye al valor estético de su estilo, ajeno al convencionalismo y refinamiento retórico.

Las epístolas paulinas son una fuente riquísima e inagotable de verdades teológicas. No hay una sola de las verdades fundamentales del cristianismo que no haya sido enseñada, afirmada y explicada por Pablo. El misterio de la trinidad, la encarnación del Hijo de Dios, la divinidad de Jesús, la redención de los hombres, la gracia, la importancia de la fe, la esperanza, la caridad, los sacramentos, la Santa Cena, la unidad de la iglesia, etcétera. A pesar de que la doctrina enseñada por Pablo es la misma que la de los demás apóstoles, no puede negarse una teología personal en conformidad con el llamado y la tarea a la cual había sido asignado. El centro de su teología es el “misterio de Cristo”: la inefable unión y comunión de los hombres “en Cristo Jesús”. Fruto de esta unión es la iglesia, cuya cabeza es Jesucristo. Otros elementos que integran la teología o cristología paulina son la justicia de Dios por medio de la fe en Cristo; la persona divina de Cristo, Dios y hombre, la obra redentora de Jesús, y la participación mística de la muerte y de la vida de Cristo en el cuerpo místico de Cristo.



Hoy día no se puede poner en duda la autenticidad de las epístolas paulinas. Una vez que conocemos el estilo personal y característico de Pablo, es imposible dudar ni un solo momento de que todas las cartas que llevan su nombre son obra suya. Solo la Epístola a los hebreos presenta ciertas variedades estilísticas que la distinguen de las demás. Si se comparan las pocas epístolas apócrifas atribuidas al apóstol, crece la convicción de que las canónicas, tan radicalmente diferentes de las apócrifas y tan parecidas entre sí, son genuinamente paulinas. No es poco significativo que la crítica heterodoxa, que a mediados del siglo XIX solo admitía como auténticas las cuatro grandes cartas: Romanos, Corintios y Gálatas, haya ido paso por paso volviendo a la tradición antigua.

Por otra parte, dentro de las epístolas pastorales se encuentran las llamadas “católicas”, “universales” o “pastorales”. Se llaman así porque no fueron dirigidas a una comunidad específica como las de Pablo, sino a toda la cristiandad. Son siete en total: Santiago, 1 Pedro, 2 Pedro, 1 Juan, 2 Juan, 3 Juan y Judas.

Pocos libros del Nuevo Testamento han provocado tanta controversia como la epístola de Santiago. Fue uno de los libros más debatidos a la hora de incluirlo o no en el canon. Martín Lutero la describió como una “epístola de paja”, relegándola a un segundo plano. Sufre muchas veces la indiferencia de los teólogos modernos, quienes la consideran una herencia del judaísmo que no representa la esencia de la fe cristiana. No obstante, el cristiano ordinario le da un lugar especial, llegando a ser uno de los dos o tres libros más populares del Nuevo Testamento. Esto se da por las siguientes razones:

- a) Sus enseñanzas son muy prácticas.
- b) Es concreta y concisa.
- c) Utiliza metáforas e ilustraciones que facilitan la enseñanza.

El nombre Santiago proviene de una deformación del latín Saint Jacob (San Jacobo). Por lo tanto, su nombre es Jacobo. Jesús contó con varios discípulos con este nombre: Jacobo el hijo de Alfeo, Jacobo el hijo de Zebedeo y hermano de Juan, y Jacobo el hermano de Jesús. Al hijo de Alfeo solo se lo cita en la lista de los apóstoles y es poco probable que haya escrito la carta. Herodes Agripa I mató al hijo de Zebedeo alrededor del año 43-45 d. C. Antes del Concilio de Jerusalén, en el año 50, el escritor del libro era tan conocido que solo necesitaba usar su primer nombre. Por lo tanto, el hermano de Jesús parece ser el único que cumple con esta condición. Esta es la razón por la que buena parte de los cristianos le atribuyen la paternidad literaria de esta obra.

El propósito de Santiago no es informar, sino amonestar, exhortar y animar a los creyentes para que vivan de la mejor manera la vida cristiana y tengan una fe más amplia y profunda. No se dedica a aspectos teológicos, sino que más bien se centra en comunicar una enseñanza práctica. La Epístola de Santiago está escrita con un griego elegante. Su carta no está dirigida a una única iglesia, sino a “las doce tribus que están en la dispersión”, es decir, iglesias donde seguramente había una gran población de judíos conversos al cristianismo.



Los grandes temas de la carta son:

Capítulo 1: Paciencia en las pruebas.

Capítulo 2: La fe y las obras.

Capítulo 3: El uso de la lengua y la sabiduría.

Capítulos 4 y 5: Los pobres y los ricos.

Se cree que se escribió entre los años 44 y 50, lo que lo colocaría como uno de los libros más antiguos del Nuevo Testamento.

Vemos en el libro de Santiago el reto de vivir la fe y no solo hablar de ella. Sin embargo, nuestro caminar en la fe requiere de un crecimiento y conocimiento de la Palabra. Muchos cristianos encontrarán esta epístola un mensaje desafiante, el cual presenta sesenta obligaciones en solo ciento ocho versículos. Su enfoque está en las verdades de las palabras de Jesús en el Sermón del monte, y su práctica.

La primera carta de Pedro se dirige a los judíos y gentiles convertidos al cristianismo (llamados “peregrinos de la diáspora” o “elegidos”), pertenecientes a las cinco regiones de Asia Menor: Ponto, Galacia, Capadocia, Asia (cuando aún no era un continente) y Bitinia.

Hay discusión acerca de cuándo fue escrita la carta. Tres son los períodos más aceptados por los estudiosos del Nuevo Testamento:

- a) Durante el reinado de Trajano, cerca del año 111.
- b) Durante el reinado de Domiciano, entre los años 90 y 100.
- c) Durante el reinado de Nerón, alrededor de los años 62-64.

Cualquiera de estas fechas rechaza la paternidad literaria de Pedro. Sin embargo, la mayor parte de los eruditos que afirman que Pedro escribió esta carta, consideran a Roma (la Babilonia de 1 Pedro 5:13) como el lugar donde fue escrita la carta, poco antes de que se desatara la encarnecida persecución de Nerón contra los cristianos. Algunos de estos críticos dicen que la fecha más probable es un poco antes de la persecución neroniana, durante el año 63 o principio del 64. Por otro lado, el escritor cita muchas veces el Antiguo Testamento en su traducción hebrea. Esto, sumado a su forma de comunicación y enseñanza, prueba el origen judío del autor. Fue escrita en el idioma griego, con un uso de este idioma similar a la Carta de Santiago. En cuanto al tema, por tratarse de una carta impersonal, dirigida a un círculo amplio de lectores, podemos afirmar que se trata de una misiva dirigida a la iglesia perseguida, es por eso por lo que busca fortalecer y consolar a los cristianos, recordando la recompensa final. Aconseja mantenerse con firmeza, paciencia y sumisión a Dios. El apóstol despierta en los cristianos el temor al juicio divino, les recuerda los grandes favores de Dios, los que prometen ser aún mayores. Les enseña que las obras del hombre deben ser dirigidas por Dios y que deben mantener la comunión entre hermanos en los momentos más difíciles. La carta tiene fundamento en la preocupación de Pedro por los tiempos de prueba que vivía la iglesia.



Los grandes temas de la carta son:

Capítulo 1: Llamado a una vida nueva.

Capítulo 2: Llamado a una conducta cristiana.

Capítulo 3 y 4: Llamado a la caridad.

Capítulo 5: Exhortaciones.

Dios ha dado a todos los cristianos la seguridad de la vida eterna. Compartir los sufrimientos de Cristo es una manera de identificarnos con él. Tal vez tengamos que soportar insultos y calumnias de aquellos que nos llaman “aleluyas” o “santurrones”, sin embargo, esto es poco, comparado con lo que Cristo sufrió por nosotros en la cruz. Debemos permanecer firmes en nuestro conocimiento de lo correcto y la fe en Cristo.

La segunda carta de Pedro fue escrita probablemente en Roma, donde murió, según la tradición, el apóstol Pedro. Se cree que fue escrita alrededor del 67, poco antes de su muerte. Sin embargo, aunque la carta se presente como de Pedro, hay muchas razones de peso para discutir su autenticidad, pues no parecería posible datarla en la época que Pedro vivió. Podría ubicarse hacia finales del siglo I o comienzos del siglo II. La Segunda carta de Pedro hace referencia a la primera, y utiliza además la Epístola de Judas. Existe tanta diferencia entre las dos cartas que muchos niegan su autenticidad. Se puede ver además que utilizó la Epístola de Judas por su similitud temática y de estilo (una razón más para cuestionar su paternidad literaria). Al parecer, después de escribir la primera carta, Pedro recibió noticias sobre la situación de algunas iglesias sobre las cuales no trató en su carta inicial. Esta es la razón por la cual hay un cambio drástico de tema. Su preocupación hizo que enviara esta carta con urgencia. Las diferencias entre la primera y la segunda carta son notorias en su estilo, lengua e ideas. Sin perder la perspectiva pastoral, Pedro intenta poner fin a ciertos asuntos delicados que estaban dividiendo a las iglesias. Escribe sobre la apostasía de los falsos maestros y la venida inminente de Cristo. Sin duda, estos temas responden a necesidades específicas.

Los temas de la carta son:

Capítulo 1: Exhortación a consolidar la vocación recibida. Recuerdo de la enseñanza de Cristo y los profetas.

Capítulo 2: Polémica contra los falsos maestros.

Capítulo 3: El día del Señor. Exhortación a una vida santa.

Esta carta está escrita en un griego lleno de arcaísmos y ciertos hebraísmos.

Es de suma importancia, que todos los cristianos nacidos de nuevo, estemos bien cimentados en la Palabra para que seamos capaces de discernir entre la verdad y el error.

La primera carta de Juan fue destinada a las comunidades cristianas de Asia Menor, a la iglesia de Éfeso y las regiones vecinas. Como el resto del Nuevo Testamento, fue escrita en griego. Declara que Dios es amor y rodea esta declaración de otra serie de verdades, como Dios es luz, justicia y verdad.



También muestra el nexo entre la condición de los hijos de Dios, el amor a los demás y la fidelidad al Señor expresada en la vida práctica. Juan también se enfrenta al problema de los falsos maestros. Muchas iglesias cayeron presas de estos engañadores, quienes enseñaban ideas peligrosas. Juan escribió esta carta para aclarar algunos puntos importantes, sobre todo en lo que respecta a la identidad de Jesucristo. Esta carta ayuda a los creyentes a plantearse una pregunta fundamental: ¿quiénes son verdaderos creyentes? Según Juan, la respuesta puede ser hallada observando las acciones. Si hay amor los unos por los otros, esto evidenciaba la presencia de Dios en sus vidas. No obstante, si discutían y peleaban todo el tiempo o no veían los unos por los otros, entonces no conocían a Dios.

Juan no estaba haciendo un llamado a la perfección. De hecho, reconoce que parte de nuestra fe es admitir nuestros pecados y buscar el perdón de Dios, además de admitir nuestras faltas contra otros y enmendarlas.

Se acerca mucho al Evangelio de Juan por su estilo y doctrina, por lo que se considera que procede del mismo autor y que fue escrita en la misma época.

Se trata de una epístola exhortativa, instructiva y con un profundo sentido pastoral. Se observa una relación íntima, la calidez y la camaradería del autor con sus remitentes.

La teoría más aceptada es que el apóstol Juan y Juan el anciano son la misma persona, y que fue este quien escribió tanto el evangelio como las cartas. Sin embargo, algunos dicen que las tres epístolas pudieron ser escritas por uno o más seguidores de la “escuela juanina”.

El estilo de la carta es simple y directo, sin embargo, expresa conceptos teológicos profundos. Su discurso es llano, se guía por un orden lógico, presentando primero lo conocido para así llegar a lo desconocido. Su estilo está marcado por la repetición y cristología radical: todo comienza y termina con Cristo. Por otra parte, Juan insiste en la práctica del amor fraternal.

Otro elemento que caracteriza a la teología juanina es la trinidad. Encontramos muchas referencias al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, desarrollando el tema en conexión con el conocimiento, la comunión y la comunidad. Juan enseña que ser cristiano es ser parte de la familia de Dios, es decir, estar en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo.

El Libro de 1 Juan fue escrito probablemente entre el 85 y el 95.

Podemos sintetizar la carta de la siguiente manera:

- A. Prólogo, 1:1-4: La revelación de la vida en Jesucristo revelado desde el principio.
- B. Parte uno, 1:5-3:10: Dios es la luz y, como Jesús, debemos andar en su luz.
- C. Parte dos, 3:11 - 5:12: Dios es amor, y los que le conocen deben amarse unos a otros.
- D. Epílogo, 5:13-21: Propósitos del autor al escribir la carta.

La Segunda carta de Juan está dirigida a la “señora elegida”. Esto probablemente sea un nombre aplicado a una iglesia cercana a Éfeso, pues la carta mantiene el estilo y diseño que la anterior. El tiempo de la epístola podría ser el año 90.



Esta segunda carta tiene algunas diferencias con la primera. No solo es más corta, sino que el autor se presenta como “el anciano”, de todas formas, mantiene la línea de pensamiento. La expresión “anciano” no es inusual en la época, sobre todo en los círculos de origen judío. Es un título que se le daba a quienes juzgaban y asesoraban a la iglesia. No alude a la edad, sino a la experiencia y sabiduría de alguien con esta tarea.

Al desconocerse el destinatario, no queda muy claro el propósito de esta carta, sin embargo, podemos ver cómo advierte a los hermanos de la presencia de falsos maestros o “engañadores”. Parece que a las falsas enseñanzas de estos hombres se había sumado el problema de la falta de un liderazgo interno. Toda la temática se desarrolla con relación a los asuntos cristológicos, en especial aquellos vinculados a la divinidad del Señor.

Gracias a sus dos primeras epístolas, se logró ensamblar un marco doctrinal muy determinante en la doctrina cristiana: tanto en los aspectos trinitarios como cristológicos.

La carta se estructura de la siguiente manera:

Versículos 1 al 3: Saludos personales.

Versículos 4 al 6: Amar a la familia de Dios.

Versículos 7 al 11: Proteger a la familia de Dios.

Versículo 13: Cierre de la carta.

Las cartas de 2 Juan y 3 Juan son las más breves del Nuevo Testamento.

La Tercera carta de Juan es una de las pocas del Nuevo Testamento que está dirigida a una sola persona: Gayo. No se sabe mucho de él fuera de lo dicho en la carta. Juan le desea una buena salud, por lo que tal vez haya estado enfermo. Gayo era miembro de una de las iglesias que Juan supervisaba. El apóstol lo felicita por ser fiel a la verdad y manifestar su amor a los predicadores itinerantes.

El autor se refiere a sí mismo como “el anciano” al igual que en la segunda carta. Lo que motivó esta carta fue la presencia de un tal Diótrefes, quien se había autoproclamado líder y rechazaba la autoridad de Juan. Parece que había ocultado una carta de Juan a la iglesia y no dejaba que los maestros itinerantes ministraran la iglesia. Juan escribió entonces a Gayo para que su mensaje llegara a la congregación y se restableciera su autoridad.

Demetrio es el encargado de llevar la carta. Se trataba de un predicador itinerante que recomienda afectuosamente a Gayo.

Juan informa la situación a Gayo como si este la desconociera, por lo que podemos suponer que Gayo vivía a alguna distancia de la iglesia y no la visitaba a menudo o que pertenecía a una iglesia vecina.

La carta se estructura de la siguiente manera:

Versículos 1 y 2: Saludos personales.

Versículos 3 al 8: Amar a los emisarios de Cristo.



Versículos 9 al 12: Exhortaciones acerca de Diótrefes.

Versículos 13 y 14: Cierre.

El libro de Judas está relacionado con 2 Pedro. La fecha de la escritura de Judas depende de si Judas utilizó el contenido de la Segunda carta de Pedro o fue al revés. Teniendo esto en cuenta, el libro de Judas fue escrito en algún tiempo entre el 60 y el 80. Según esta carta, su autor es Judas, el hermano del Señor, aunque él se identifica como “... *siervo de Jesucristo y hermano de Jacobo*”. Esta identificación fue uno de los factores decisivos a la hora de aceptar esta epístola en el canon por parte de la iglesia primitiva.

Fuera de esta carta, no tenemos datos sobre su obra. Es evidente que Judas tenía en mente a un grupo específico de creyentes, sin embargo, no sabemos quiénes son. Aquellos que opinan que Judas escribió al mismo grupo que su hermano Jacobo, no hacen más que entrar en el terreno de la especulación.

Las cartas de Judas y la segunda de Pedro coinciden mucho en su contenido y expresiones, tanto que su dependencia literaria resulta evidente. Se diferencian tan solo en el tema de la apostasía: Pedro la describe como futura, mientras que Judas alerta sobre una realidad vigente en su época. Dicho esto, no hay argumentos para asegurar que ambas dependen de la misma fuente.

La carta presenta el siguiente bosquejo:

- a. Salutación (v. 1-2).
- b. La cuestión de los falsos maestros (v. 3-4).
- c. La historia de los cuatro maestros (v. 5-7).
- d. Descripción de los falsos maestros (v. 8-16).
- e. Resistencia a los falsos maestros (v. 17-23).
- f. Doxología (v.24-25).

Como conclusión podemos decir que ninguna de estas cartas universales tenía un destinatario único, sino que estaban dirigidas a comunidades mayormente judías dispersas en ciudades fuera de Palestina. Estas cartas surgen como una respuesta a las necesidades de las iglesias. Las cartas eran dirigidas a motivar una conducta cristiana más que enseñar un conocimiento específico o proveer información, sin embargo, muchas de sus declaraciones sirvieron para el desarrollo de futuras doctrinas en la iglesia cristiana. En general se destaca la preocupación por los falsos maestros, la herejía y las desviaciones doctrinales, lo cual sugiere que estos temas han sido un gran reto para la iglesia del primer siglo.



8. Apocalipsis

Apocalipsis es el último libro de la Biblia, es decir, el que cierra todo el canon bíblico, la revelación de Dios para los hombres. Este libro es clave para entender los eventos del futuro y para interpretar la Biblia en materia escatológica. Sin Apocalipsis no es posible comprender los propósitos de Dios que están aún por acontecer, por lo que merece toda nuestra atención. El apóstol Juan recibió ya de anciano esta revelación, hacia el año 96 en la isla de Patmos, mientras estaba cautivo por el evangelio a causa de la persecución del emperador Domiciano (81-96): *“Yo Juan, vuestro hermano, y copartícipe vuestro en la tribulación, en el reino y en la paciencia de Jesucristo, estaba en la isla llamada Patmos, por causa de la palabra de Dios y el testimonio de Jesucristo”* (1:9).

El término “Apocalipsis” proviene del griego *apokálp̄sis*, palabra con la que comienza el libro: *“La revelación de Jesucristo...”* (1:1). Su significado no tiene relación con la destrucción o catástrofe, como suele entenderse (un “evento apocalíptico”), sino que su traducción literal es “revelación”, o mejor todavía “desvelación”, en el sentido de descorrer un velo. Apocalipsis 1:1 dice: *“La revelación de Jesucristo, que Dios le dio, para manifestar a sus siervos las cosas que deben suceder pronto...”*, por lo tanto, este libro tiene como propósito darnos a conocer (o desvelarnos) las cosas que estuvieron encubiertas u ocultas durante siglos, y que *“deben suceder pronto”*. El hecho de que estas cosas ocurran pronto hace que este libro sea relevante para la iglesia de los últimos tiempos.

La revelación de Dios a través de Jesucristo fue dada a todos los cristianos en todos los tiempos, siendo útil para los creyentes que nos precedieron, para los que vivimos en el resto de esta dispensación y para aquellos que se conviertan a Cristo a partir del momento en que la Iglesia sea arrebatada para recibir a Cristo en las nubes (1 Tesalonicenses 4:17).

Existen diferentes escuelas para interpretar este libro: el preterista, que asegura que el contenido del libro ya es historia; el espiritualista, que sostiene que el Apocalipsis no intenta mostrarnos los hechos futuros, sino enseñarnos ciertos principios espirituales; el historicista, que ve en el Apocalipsis sucesos más o menos relevantes de la historia mundial que tienen que ver con la iglesia, desde el primer siglo de nuestra era hasta los tiempos actuales; y el futurista, utilizado por exegetas que interpretan la profecía en su sentido literal, tratando de diferenciar los hechos de los símbolos.

La realidad es que este libro es escatológico, es decir, habla de las cosas que han de venir (1:19), por lo tanto, la profecía debe entenderse en su sentido literal, siempre que sea posible, y no en un sentido puramente simbólico. W. M. Smith dice: “Negar que el Apocalipsis es un libro de profecía predictiva, equivale a hacer caso omiso del estilo, del tema, y de los acontecimientos futuros registrados en dicho libro. Fuera de toda duda, la Segunda Venida, el conflicto final de Cristo con las fuerzas del mal, el Milenio, el juicio postrero, son sucesos pertenecientes todavía al futuro.



El esquema futurista de interpretación insiste en que las visiones de este libro, en su mayor parte, se cumplirán hacia el fin y en el fin de la era presente”. De hecho, el libro de Apocalipsis es más literal de lo que parece. Este autor entiende que el sistema correcto es el de interpretación futurista.

Este es un libro muy especial: hay bendición para quienes lo aceptan y juicio para quienes le añadan, menosprecien o nieguen siquiera parte de él. Respecto a la bendición, dice: *“Bienaventurado el que lee, y los que oyen las palabras de esta profecía, y guardan las cosas en ella escritas; porque el tiempo está cerca”* (1:3). Y respecto al juicio: *“Yo testifico a todo aquel que oye las palabras de la profecía de este libro: Si alguno añadiere a estas cosas, Dios traerá sobre él las plagas que están escritas en este libro. Y si alguno quitare de las palabras del libro de esta profecía, Dios quitará su parte del libro de la vida, y de la santa ciudad y de las cosas que están escritas en este libro”* (22:18, 19).

Dado el avance de los tiempos y las profecías ya cumplidas, hemos de esperar que pronto la iglesia sea arrebatada, para que todo lo anunciado se cumpla pronto. De hecho, muchas de las profecías de este libro no podrían cumplirse si la iglesia sigue sobre la tierra, ya que el poder del Espíritu Santo en ella imposibilita que se levante el Anticristo y el falso profeta, para que consecuentemente, Dios envíe Su juicio a un mundo que le niega y ha abrazado al “hombre de pecado”, al “hijo de perdición” (2 Tesalonicenses 2:3), en vez de a Cristo. Prestemos atención a Apocalipsis 4:1: *“Después de esto miré, y he aquí una puerta abierta en el cielo; y la primera voz que oí, como de trompeta, hablando conmigo, dijo: Sube acá, y yo te mostraré las cosas que sucederán después de estas”*. Juan es llamado e invitado a subir al cielo; luego de recibir las instrucciones para las siete iglesias (capítulos 2 y 3). Estas iglesias simbolizan la actividad de la iglesia de Cristo durante sus dos mil años de historia. Una iglesia que al final “subirá al cielo” y será espectadora *“... de las cosas que sucederán después de estas”*, es decir, de lo que ocurrirá justo después de su propia historia.

Los creyentes en Cristo aguardamos *“... la esperanza bienaventurada y la manifestación de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo”* (Tito 2: 13). Esa “esperanza bienaventurada” se cumplirá cuando seamos transformados en un abrir y cerrar de ojos (1 Corintios 15:51-53), cumpliéndose así las palabras del apóstol Pablo que dicen: *“Tampoco queremos, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los otros que no tienen esperanza. Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en él. Por lo cual os decimos esto en palabra del Señor: que nosotros que vivimos, que habremos quedado hasta la venida del Señor, no precederemos a los que durmieron. Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor. Por tanto, alentaos los unos a los otros con estas palabras”* (1 Tes. 4:13-18).



Curiosamente, la voz que Juan oyó desde el cielo era como de trompeta: “... y la primera voz que oí, como de trompeta, hablando conmigo, dijo: *Sube acá, y yo te mostraré las cosas que sucederán después de estas*” (Ap. 4:1).

Debemos estar preparados, dispuestos y santos para recibir a Cristo en las nubes (1 Tesalonicenses 4:17). La resurrección de los muertos en Cristo y el arrebatamiento de ellos y de los que vivamos, vendrá sin previo aviso. Los verdaderos creyentes esperamos ese día.

No podemos engañarnos, el mundo que conocemos no irá mejor, sino que la brecha entre la luz y la oscuridad se hará cada vez más notable. Muchos desean el “Día de Jehová” o “Día del Señor”, pensando que es un día de gozo y paz, sin embargo, el profeta Amós dijo respecto a esto: “*¡Ay de los que desean el día de Jehová! ¿Para qué queréis este día de Jehová? Será de tinieblas, y no de luz; como el que huye de delante del león, y se encuentra con el oso; o como si entrare en casa y apoyare su mano en la pared, y le muerde una culebra. ¿No será el día de Jehová tinieblas, y no luz; oscuridad, que no tiene resplandor?*” (Amós 5:18-20). El día del Señor es el tiempo del juicio de Dios a un mundo que le ha dado la espalda. El libro de Apocalipsis nos revela una cadena de juicios que han de caer sobre el mundo incrédulo antes de la llegada del reino de Dios que establecerá el mismo Señor Jesucristo. El Reino será establecido cuando el Jesús vuelva en gloria. Antes, el mundo pasará por el engaño y el azote del Anticristo (Apocalipsis 13) y por una tribulación sin precedentes en la historia (Mateo 24:21). Antes de que Cristo establezca Su Reino, deberá acontecer el “Día del Señor, el día del juicio de Dios a las naciones.

La Iglesia aún está en este mundo para cumplir con la Gran Comisión (Marcos 16:15; Mateo 28:19). No obstante, los acontecimientos se precipitan. La Gran Tribulación viene, y nadie la podrá parar. El hombre no tiene en sí mismo la solución al pecado, y el pago por el pecado es muerte (Romanos 6:23).